

Fuentes de socialización no-institucionales, o la otredad del sistema educativo*

Introducción

Durante largo tiempo, los conceptos socialidad y sociabilidad portaron fundamentos y significados propios, validados por innumerables trabajos científicos. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, se observa la adición cada vez más frecuente del prefijo “tecno” en ambos términos, generando usos que se apartan considerablemente de las definiciones originales y sin claridad autoevidente sobre lo que se pretende designar con esos neologismos. No es extraño, entonces, encontrar el uso indistinto de ambos términos para situaciones donde sólo uno de ellos podría aplicar, o que alguno de ellos sea utilizado para referir fenómenos socio-técnicos contrapuestos. En esta exposición, voy a 1] refrescar brevemente los fundamentos que dieron lugar a los dos conceptos clásicos, con sus respectivas áreas de incumbencia, para luego 2] analizar el alcance aplicativo de los neologismos; y 3] cotejarlos con el actual proceso de socialización en el contexto educativo.

La evolución de los cuatro conceptos

Ciertamente existe abundante literatura científica que distingue el significados y las incumbencias, tanto de la socialidad como la sociabilidad. Por lo cual, no tiene demasiado sentido abundar en estas referencias (que están al alcance de todos, pero que también puedo compartirlas). Dicho esto, voy a hacer una breve reseña de los cuatro conceptos.

Socialidad

Este término tiene una larga tradición en la teoría social, y particularmente en la sociología. Georg Simmel, uno de los padres de la disciplina, lo pensó como la condición de posibilidad para que la interacción y la co-operación tengan lugar en la historia. En este

* Ponencia leída el lunes 6 de noviembre de 2023 en la **XV Jornadas de Sociología de la UBA**. Mesa “Debates sobre el futuro de la universidad: desafíos e interrogantes en la postpandemia”, junto a Ana Rivoir, Ana Marotias, Martín Gendler. Y reformulada para el cierre del “**Ciclo de Conversaciones entre la Educación y la Inteligencia Artificial**”, organizado por la Facultad de Educación de la Universidad Nacional de Cuyo. Mesa “Repensar la formación docente en tiempos de Inteligencia artificial”, 24 de noviembre de 2023, Mendoza.

sentido, la socialidad es entendida como una disposición plástica y supraindividual de los seres humanos que no tiene un propósito inicial ni final, pero que permite conocer e interactuar con el mundo, tanto como encontrar propósitos y significados.

Sociabilidad

Este concepto también es un clásico de la sociología. En su derrotero atravesó diferentes etapas y significados, pero hay consenso para entenderla como el conjunto de formas relacionales que se producen en contextos no-institucionales, tales como las conversaciones, el amor, la amistad, los juegos, la mirada mutua, pero también la subordinación, la supraordinación y los conflictos. De esta manera la sociabilidad es entendida como las modalidades que utilizan los individuos para asociarse y discurrir sobre problemáticas comunes o para alcanzar diferentes tipos de objetivos. En definitiva: como las formas que adopta la interacción social no regulada.

Tecnosocialidad

El registro más “antiguo” que tenemos de la combinación entre tecnología y socialidad data de 1991, cuando la teórica estadounidense de la comunicación, Sandy Stone, advirtió sobre la emergencia de un nuevo sujeto “tecnosocial” que comenzaba a interpelar la vigencia y la lógica existencial del sujeto cartesiano². Un año después, Stone profundizó lo dicho describiendo a la tecnosocialidad como un ambiente donde la tecnología y la naturaleza se unen conformando un nuevo entorno social, en el que ya no es posible distinguir sus límites ni su alcance, como tampoco lo que está afuera o adentro. Algo muy similar a lo que Latour definió como un “tejido sin costura de las naturalezas-culturas”, y a lo que dirían los investigadores australianos David Holmes y Glenn Russell, cuando la describieron como un recurso para superar la problemática oposición entre individuo, tecnología y sociedad.

La definición más usada, sin embargo, es la de Manuel Castells, quien —teniendo en cuenta estos antecedentes— la definió como los contextos y las condiciones ambientales que hacen posible “nuevas maneras de ser, nuevas cadenas de valores y nuevas sensibilidades sobre el tiempo, el espacio y los acontecimientos culturales”. A partir de allí, esta definición se convirtió —sobre todo en habla hispana— en la más recurrente para referir la transformación que experimentaron los contextos sociales con la incorporación de las

² Ver: STONE, Rosanne (1991), “Will the Real Body Please Stand Up?”, Recuperado de: <https://bit.ly/3NZv2aU>

tecnologías informacionales; pero también en la más confusa, si tenemos en cuenta que denomina (tecno)socialidad a una experiencia social que, cuando la describe, utiliza los fundamentos teóricos de la sociabilidad.

Tecnosociabilidad

En 2010, el PNUD³ publicó el *Informe sobre desarrollo humano para Mercosur 2009-2010*, donde utilizó el término tecnosociabilidad para referir el surgimiento de prácticas e intercambios sociales que, en el contexto informacional, estaban vinculadas de manera directa a la emergencia y consolidación de la “tecnosociabilidad” como un recurso que potenciaba la capacidad de agencia juvenil. Por eso el informe habla de “generación de la tecno-sociabilidad” como una marca epocal y sociocultural que les permitió identificar a los *millennials* cuando todavía no eran percibidos ni abordados como una alteridad global; es decir: cuando todavía no se registraba su extendida desafectación del orden social moderno y mucho menos como el preámbulo de lo que después de ellos sobrevendría con los *centennials*⁴ (los protagonistas de una avanzada informacional que no deja de generar sorpresas y que, en nuestro país, está alterando todo el tablero político e institucional). De ese modo, el Informe del PNUD abrió el juego para un uso diferencial de la tecnosociabilidad como una interacción de nuevo tipo, ya que al estar asociada a la cultura digital, genera condiciones y oportunidades para explorar otras formas relacionales y otros modos de habitar el mundo; es decir, para vincularse, organizarse y generar sentido social por fuera de contextos institucionales que son indiferentes a sus necesidades y sus modos de existencia, proporcionando nuevas significaciones a los “ambientes” tecnologizados. Después de esa definición, ya no se puede homologar a la tecnosocialidad con la tecnosociabilidad, sencillamente porque refieren fenómenos sociales diferentes.

Re-conceptualizaciones

En todo este recorrido la tecnosociabilidad dejó de ser un comodín con funciones flexibles —como sigue ocurriendo con la tecnosocialidad— y obtuvo una distinción que hoy

³ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

⁴ Con *millennials* y *centennials*, me refiero a las dos generaciones —yo prefiero referirlas como cohortes demográficas— que van escalonada y respectivamente desde 1985 a 2003, y de 2004 a la fecha. La socialización de estas dos cohortes estuvo mediada por internet y las tecnologías digitales, a partir de lo cual se vieron compelidas a atravesar el umbral de una nueva época sin pertrechos ni experiencias previas que los guíen o acompañen en su travesía inaugural, munidos —casi exclusivamente— de la experiencia que lograban reunir colaborativamente entre ellos (Berardi, 2007; Baricco, 2008; Serres 2013; Gardner y Davis, 2014; Calderón y Szmukler, 2014; Peirone, 2015c).

permite comprender, referir y describir una dinámica relacional que es propia de la sociedad informacional. Confirmando: 1] que su significado está inequívocamente vinculado a las tecnologías informacionales, pero que incluye la agregación de una operatoria tecnosocial que excede los entornos tecnológicos; 2] que la índole de los actores que participan del juego relacional en la sociedad informacional, incluye lo no-humano y lo inhumano como actantes insoslayables de la nueva esfera pública; y 3] que su emergencia reclama una articulación disciplinar mucho más amplia y desafiante que las marcadas por la tendencia a la especialización y el progresivo abandono de las miradas de conjunto.

Nuevas fuentes de socialización

Mientras el proyecto cultural de la modernidad mantuvo su hegemonía, los individuos pasaban por diferentes instancias de socialización que eran constitutivas del proceso de subjetivación. En términos resumidos, las etapas estaban secuenciadas y codificadas: primero por la familia, después por la escuela y finalmente por la esfera pública⁵. La familia y la escuela eran las instituciones que 1] ordenaban la experiencia del tiempo, 2] proveían una axiología moral; 3] inscribían en una historia común; y 4] construían el “sentido práctico” necesario para interactuar con cierta solvencia en el teatro humano. Pero con el advenimiento de la Sociedad informacional, surgieron fuentes de socialización no-institucionales —mediadas por celulares, consolas de videojuegos, computadoras, plataformas y otros entornos digitales— que alteraron significativamente ese proceso. El modo subrepticio en que estas nuevas fuentes de socialización ingresaron en la vida doméstica y participan activamente —sin ir más lejos— en la educación de los niños y niñas desde muy temprana edad, contribuyó a su naturalización.

Sobre la base de esta dinámica, las juventudes de todos los estratos sociales desarrollan una experiencia heterodoxa del tiempo y del espacio; interactúan con artefactos, actores humanos y no-humanos (como la inteligencia artificial) que reformulan las prácticas sociales; confeccionan una nueva codificación cultural; construyen sentido mediante micro-relatos audiovisuales; y propagan las bases de una politicidad divergente que está resignificando la operatoria tradicional.

⁵ La dinámica de cada una de estas instancias —va de suyo— comprende la interacción permanente con las demás, en una retroalimentación que siempre abarca y contiene a los períodos anteriores.

Hablamos, entonces, de una institucionalidad y de una dirigencia que se enfrentan a una fuga de sentido que está alterando de manera decisiva la dialéctica entre lo individual, lo institucional y lo colectivo, con proyecciones sociales y políticas que son difíciles de prever. Para ser más gráficos, hablamos de una esfera pública que se desdobló en dos ecosistemas mediáticos que no encuentran instancias de interlocución porque conllevan lógicas relacionales, narrativas sociales y modos de habitar el mundo que se despliegan en dos registros epistemológicos desiguales.

En ese contexto, el sistema educativo en general, y el universitario en particular, sigue reproduciendo prácticas y modelos pedagógicos inerciales que no se condicen con el universo experiencial de sus estudiantes. Lo podemos ver en ofertas académicas y procedimientos pedagógicos que fueron pensados para otra cultura laboral, para otros procesos productivos, para otro tipo de profesionales y —finalmente— para otros sujetos y otra sociedad. Se rompió la correspondencia que había entre la vida intraescolar y la vida extraescolar; haciendo que las instituciones educativas se desacompasen y desconecten de las nuevas prácticas sociales. Esto hizo que se discontinuara el “horizonte común de posibilidades cognoscitivas y experienciales”⁶ que mantenía armonizada a la escuela con su tiempo.

Sobre la base de este escenario y teniendo en cuenta los emergentes que arrojan diversas investigaciones, surge la necesidad de abordar, investigar y trabajar: la experiencia del tiempo, la ubicuidad, la hibridez, la tecnosociabilidad y la nueva narrativa social, como dificultades cruciales de la educación actual. Me refiero a experiencias sociales:

- a) que ya no reconocemos ni comprendemos;
- b) que incorporan agentes que —por ignorados o desconocidos— todavía resultan inasibles, pero que gravitan de manera decisiva —y desde una edad muy temprana— en los trayectos formativos (me refiero a la pléyade de artefactos, actores humanos y no-humanos con los que convivimos e interactuamos de manera consciente o inconsciente).
- c) que reclaman un nuevo constructo teórico y epistemológico para trabajar el proceso de enseñanza-aprendizaje en el marco, no sólo de la virtualidad, sino también del

⁶ Berardi, 2007:77

fuerte desplazamiento que experimenta la cultura escrita a mano de lo cultura audiovisual.

- d) que no plantean las mismas necesidades ni generan las mismas expectativas que organizaban la presencialidad —tanto para los docentes como para los estudiantes—; sobre todo, si aspiramos a que la virtualidad tenga una calidad educativa de excelencia.

En ese marco, se vuelve necesario comprender las implicancias de la “tecnosociabilidad”, como el marco operativo y cognoscitivo de la nueva esfera pública, pero también —y por consiguiente— para pensar políticas educativas que por el momento observan estos fenómenos como una realidad extraña e inabordable. De lo contrario, corremos el riesgo de agudizar la brecha experiencial que separa a estas dos cosmovisiones. Con adultos e instituciones educativas que permanecen bajo los efectos fantasmáticos y procedimentales de la modernidad inercial; mientras los jóvenes de todos los sectores sociales, auto-desafectados de esa dinámica cultural, exploran nuevas lógicas relacionales, se formatean con fuentes de socialización desconocidas y desarrollan saberes tecno-sociales que son vitales para participar de la sociedad informacional pero que permanecen ajenos al sistema educativo.

Dicho esto, todos los aquí presentes tenemos en claro de quién es la responsabilidad política e institucional de crear los puentes que restablezcan la interlocución de la universidad con nuestro tiempo, con nuestros estudiantes y con las juventudes que se desafectan —o son marginados— de la educación actual.

Fernando Peirone
Buenos Aires, noviembre de 2023

Fernando Peirone es Doctor en Estudios Sociales de América Latina (Línea Sociología), del Centro de Estudios Avanzados (CEA), de la Universidad Nacional de Córdoba. Docente e investigador de las universidades nacionales de San Martín (UNSAM) y José C. Paz (UNPAZ). Fundador y Director del Observatorio Interuniversitario de Sociedad, Tecnología y Educación (OISTE), período 2018-2022. Coordinador de las Tecnicaturas Informacionales de la Universidad Nacional de José C. Paz (2016-2021).